

EL LIBRO DE MATEO

Lección 89, continuación del capítulo 26

Cuando concluimos nuestro estudio del capítulo 26 de Mateo la última vez, habíamos estado analizando el acto bastante extraño de una mujer judía común de Betania que acababa de derramar una gran cantidad de un costoso ungüento perfumado sobre la cabeza de Cristo. Probablemente ella no sabía muy bien por qué lo había hecho... salvo que se sintió impulsada por un impulso interno a hacerlo... y los discípulos de Yeshua no estaban muy contentos con ello porque lo consideraban un desperdicio tonto y extravagante de recursos.

Betania era un pueblo relativamente pequeño, a unas 2 millas a pie de Jerusalén. Durante los períodos festivos como la Pascua, se convertía en una especie de zona de alojamiento habitual para los peregrinos judíos que llegaban de todas partes del Imperio Romano, incluyendo el norte de África e incluso partes de Europa, para cumplir con el mandamiento de la Torá de acudir al Templo en estos tiempos señalados por Dios, a fin de poder ofrecer sacrificios y celebrar. A simple vista, esa era la razón por la que Yeshua y sus discípulos se encontraban allí; en realidad, era para cumplir las profecías de que el Mesías moriría una muerte expiatoria para salvar a la humanidad de nuestro justo castigo: la muerte eterna.

Hasta ahora, en este capítulo hemos visto que, dentro de la sociedad judía, hubo dos reacciones diametralmente opuestas ante la presencia de este Hombre Santo en Jerusalén. La primera fue la oposición representada por el sumo sacerdote y los ancianos de la sinagoga, y la segunda fue la acogida por parte de muchos judíos comunes (aunque entre los residentes de la propia Jerusalén había una mezcla de sospecha y adoración). Al comenzar a adentrarnos en la historia bastante sombría del camino de Yeshua hacia la cruz, tal como la presenta Mateo, a pesar del acto y la naturaleza divinos de Jesús, debemos tener siempre presente que Él también era plenamente humano. Vivió una vida real, sufrió sed y hambre como todos nosotros, tuvo emociones que iban desde la tristeza, pasando por la aprensión, la ira y la frustración, hasta llegar al asombro, la reverencia y la alegría. Y muy pronto iba a sufrir un dolor terrible. Sin embargo, primero, Jesús sufriría la traición.

También hay que tener en cuenta que Yeshua no fue víctima de las

circunstancias; de hecho, fue Él quien orquestó el curso de los acontecimientos. Fue Él quien trazó el camino exacto de su viaje hacia la cruz, utilizando la maldad de los hombres como medio para llegar allí.

Abren sus Biblias en el capítulo 26 de Mateo. Como ya hemos leído este capítulo de principio a fin, lo volveremos a leer en segmentos cortos para orientarnos.

VOLVAMOS A LEER MATEO, CAPÍTULO 26:14-16

Aparece Judas, el traidor. La historia de Judas ha fascinado por siglos tanto a eruditos como a pastores y laicos por igual. El motivo por el que cometió tal traición contra su Maestro, a quien conocía tan bien, está envuelto en misterio. No sabemos exactamente cuánto tiempo después de que Yeshua fuera ungido con el ungüento perfumado tuvo lugar este complot que Judas urdió; sin embargo, sin duda, no fueron más que unas pocas horas. Judas era uno de los doce discípulos, lo cual hace que su acto resulte aún más desconcertante y traicionero. ¿Podría haber estado presente en Betania para presenciar cómo la mujer derramaba su costoso perfume sobre la cabeza de su Maestro? ¿Podría haber sido este acto, de alguna manera, el catalizador que lo impulsó a cometer una acción tan despreciable contra Yeshua? Por la forma en que Mateo sitúa estos dos acontecimientos tan cerca uno del otro en su Evangelio, tengo la impresión de que esto es exactamente lo que se nos quiere hacer entender: que uno fue la causa del otro.

El apóstol Juan, en su propio relato evangélico de la vida de Yeshua, revela un poco más sobre quién era este hombre, Judas, en Juan, capítulo 6, versículo 71.

Juan 6:71 (*Se refería a Y'hudah Ben-Shim'on, de K'riot; pues este hombre —iuno de los Doce!— pronto lo traicionaría.*)

El nombre completo de este hombre era Judas, hijo de Simón. El cristianismo lo conoce más tradicionalmente como Judas Iscariote. La parte «Iscariote» de su identificación siempre ha sido una especie de enigma a la hora de descifrar qué es lo que designaba exactamente. Algunos creen, como sugiere la CJB, que era el nombre de la ciudad de donde provenía. Y, de hecho, es posible que haya existido una ciudad en la antigua Judá llamada Kerioth. Por otro lado, el término inglés Kerioth probablemente proviene del hebreo **qeriy'yot**, que simplemente significa «ciudades». Por lo tanto, no puedo aceptar la idea de que

«Isariote» sea un término griego o español que no sea más que el nombre de la ciudad de donde provenía Judas. Es más probable que «Isariote» sea una traducción del latín **sicarius**. La mayoría de nuestras traducciones modernas al español del Nuevo Testamento provienen del latín, idioma al que se tradujeron inicialmente los manuscritos griegos del Nuevo Testamento. E incluso cuando no se trata de traducciones directas de las versiones latinas, ciertos préstamos lingüísticos se toman de él y aparecen en nuestras Biblias.

Sicarius significa «asesino». Entre la secta radical judía de los zelotes (el grupo que abogaba por la rebelión violenta contra Roma) existía un grupo conocido como los **sicarios**. Este grupo era lo que hoy podríamos llamar «terroristas». Eran fanáticos, capaces de cualquier acto de violencia o criminalidad con tal de lograr su propósito. No eran temidos principalmente por los ocupantes romanos de Tierra Santa, sino más bien por los judíos de Tierra Santa, ya que los **sicarios** asesinaban a los judíos que creían que podían haber colaborado con el enemigo romano, o a aquellos que se negaban a apoyarlos cuando se les pedía. Se cree que los mil hombres, mujeres y niños que huyeron a la fortaleza desértica de Masada y luego se suicidaron en masa antes que ser capturados por la legión extranjera romana, eran **sicarios**. Este término, al transcribirse al griego, se convierte fácilmente en «Isariote», y considerando sus acciones radicales, le queda como anillo al dedo a Judas.

Entonces, ¿era Judas un infiltrado zelote que de alguna manera se abrió camino hasta el círculo íntimo de los 12 discípulos de Cristo? Quizás. O, lo cual es igualmente probable, en realidad creía que Yeshua de Nazaret podría haber sido el Mesías en el sentido típicamente judío del término: un carismático comandante militar al estilo del rey David que guiaría a los judíos a derrocar a Roma, a recuperar la Tierra Santa, y luego se sentaría en el trono como el primer rey judío de Judá en reinar desde Sedequías, quien gobernó unos seis siglos antes. Sin embargo, la predicción abierta de Yeshua de que en tan solo unas horas moriría crucificado, y luego su muestra de humildad al permitir que esta mujer derramara perfume sobre su cabeza como símbolo de su entierro, podrían haber desilusionado a Judas hasta el punto de querer acabar con Jesús. La forma en que Cristo atraía a las multitudes hacia sí, su entrada triunfal en Jerusalén al estilo de un rey y sus acciones en el recinto del Templo, donde se enfrentó a las cobardes y engañosas autoridades religiosas, hicieron que Judas creyera que Yeshua era aquel a quien él y la mayor parte del judaísmo habían anhelado durante tanto tiempo. Sin embargo, las acciones más recientes de Cristo lo derribaron

del pedestal que Judas había construido para él. Ahora Judas estaba convencido de que se había unido por error al hombre equivocado. Así que esperó la oportunidad adecuada para acercarse a los líderes religiosos judíos y ayudarlos a hacer lo que tanto deseaban: acabar con esta amenaza a sus elevadas y lucrativas posiciones.

En los círculos cristianos se suele afirmar que Judas traicionó a Jesús simplemente por dinero (aunque 30 piezas de plata no era tanto dinero). Otros comentan que fue por su idealismo como zelote. Tanto el Evangelio de Lucas como el de Juan lo describen como una acción de Judas en colaboración con Satanás. Sin embargo, la Iglesia a veces lleva esta visión demasiado lejos al espiritualizarla hasta el punto de que Judas pierde su naturaleza humana y casi se convierte en la encarnación del mismo Satanás. No se puede descartar la mención del dinero; si bien es posible que la plata no haya sido el único motivo, claramente desempeñó un papel significativo en su decisión. Su codicia por el dinero revela que, a pesar del lugar que ocupaba Judas entre los 12, ya no era un verdadero seguidor de Yeshua.

Judas busca a los principales sacerdotes y hace un trato. NO se trata del sumo sacerdote Caifás. Más bien se trata de los de mayor rango entre los sacerdotes ordinarios, ya que el término «principales sacerdotes» aparece en plural; él hizo el trato sucio con un pequeño grupo de ellos. A Judas le pagaron y luego se fue a planear la mejor manera de entregar a Yeshua a ellos. Añadiré aquí que, si nos detenemos a pensarlo, ¿por qué los principales sacerdotes necesitaban a Judas para capturar a Jesús? Sabían quién era Yeshua y que no era un hombre violento. Sospecho que el problema era que no sabían DÓNDE estaba, y como Jesús era un hombre de apariencia bastante común, no era fácil identificarlo entre la multitud. Les recordaré una vez más que era la semana de la Pascua, por lo que Jerusalén y los pueblos de los alrededores estaban repletos de multitudes de judíos venidos de todas partes. Yeshua era la clásica aguja en un pajar, y ¿quién mejor para conocer su paradero y su identidad que uno de sus discípulos de mayor confianza? Después de que Mateo hace esta inserción (probablemente con el fin de crear una especie de línea de tiempo), pasa a lo que sucedió después. Abran sus Biblias nuevamente en el capítulo 26 de Mateo.

VUELVAN A LEER MATEO, CAPÍTULO 26:17–30

Esto es lo que popularmente se conoce como la Última Cena. Enmarcaré esta sección diciendo que la historia comienza en Betania, se traslada a

Jerusalén y luego, una vez más, se traslada fuera de las murallas de la ciudad, cruzando el valle del Cedrón hasta el Monte de los Olivos. También mencionaré que el término «Última Cena» no aparece en la narración; no es más que un nombre que el cristianismo le dio posteriormente. Qué fue exactamente esta ceremonia es, en realidad, un tema controvertido, por no decir enigmático. Profundizaré en esto a medida que avancemos.

Así pues, este pasaje comienza con unas palabras que parecen bastante sencillas:

Mateo 26:17 *El primer día de la fiesta de la matzah, los talmidim se acercaron a Yeshua y le preguntaron: «¿Dónde quieres que preparemos tu Seder?»*

Las distintas versiones de la Biblia utilizan palabras ligeramente diferentes, pero no hay discrepancias sustanciales entre ellas. Se trata del primer día de la fiesta bíblica de los Panes sin Levadura (**matzah**), que según la Torá es una fiesta de siete días. Sin embargo, cuando conocemos la Torá y la tradición judía del siglo I, esta afirmación del versículo 17 en realidad plantea todo tipo de enigmas.

Según el calendario bíblico hebreo (en el que se basa toda la Biblia), el primer día de la Fiesta de la Matzah es el 15 de Nisán. Por lo tanto, leer este pasaje literalmente, tal como está, significa que la Fiesta de la Pascua, que ocurre el 14 de Nisán, ya debe haber terminado. Esto, sin embargo, plantea un problema importante, ya que también se habla de preparar la cena de Pascua (el seder) varias horas antes de consumirla. El problema es que la preparación de la cena de Pascua no ocurre el primer día de Matzah, ya que este es un día especial de reposo y no se puede realizar ningún trabajo. Por eso al día de la Pascua (el 14) se le dio el apodo tradicional de «Día de la Preparación».

Ya hemos comentado en lecciones anteriores que, al igual que en el mundo occidental moderno, hablamos de nuestras diversas fiestas utilizando diferentes términos... por lo general, términos que no son técnicamente precisos... pero aun así todos saben, por el contexto y la costumbre, de qué estamos hablando. Di el ejemplo de que la última quincena de diciembre se conoce como la temporada festiva, las fiestas de Navidad o simplemente las fiestas, o de que cuando hablamos de Navidad nos referimos no solo al día de Navidad, sino también a la Noche buena, e incluso ampliamos lo que llamamos la semana de

Navidad para incluir el Año Nuevo. Nada de esto nos molesta ni nos confunde porque estamos familiarizados con el significado de toda esta terminología. Así funcionaba con las fiestas de la Pascua y de los Panes sin Levadura en la época de Yeshua. Por lo tanto, no hay forma de que el Cristo, que observaba escrupulosamente la Torá, hubiera instruido a sus discípulos a realizar los preparativos para la fiesta en un sábado... algo que está expresamente prohibido en la Torá y constituye un pecado grave. Bien, entonces debemos tener algunos problemas de calendario en juego aquí.

Comencemos a desentrañar este enigma desmontando una idea errónea entre muchos judíos y la mayoría de los cristianos que saben poco o nada sobre estas fiestas bíblicas. Se suele decir que la Fiesta de los Panes sin Levadura dura ocho días, y sin embargo la Torá dice claramente que dura siete días. ¿A qué se debe esta diferencia? Se debe a lo que ocurre cuando superponemos el calendario hebreo sobre el calendario romano. Dado que los calendarios hebreo y romano asumen puntos de inicio y fin diferentes para definir un día (un período de 24 horas), y que los nombres y la duración de los meses romanos difieren de los meses hebreos, decir algo como «la Fiesta de los Panes sin Levadura comienza el 15 de Nisán y termina el 21» resulta confuso. Cuando superponemos esos dos calendarios, vemos que, en relación con el calendario romano (nuestro calendario actual), cada día hebreo abarca partes de dos días del calendario romano. Por lo tanto, en un calendario romano moderno puede parecer que la Fiesta de los Panes sin Levadura dura ocho días y no siete. Además, la fecha del mes hebreo (como el 15 de Nisán) rara vez coincide con la misma fecha (en nuestro ejemplo, el 15) dentro de un mes romano. Por supuesto, esto no era un problema desde el punto de vista bíblico ni genera confusión en la Biblia, ya que los judíos nunca consideraron el uso del calendario romano, y la Biblia solo utiliza el calendario hebreo.

La esencia del asunto radica en que, tomadas en conjunto, las fiestas consecutivas de la Pascua y luego de los Panes sin Levadura duran un total de 8 días. Debido a la logística y a muchos aspectos prácticos de la sociedad hebrea posterior, las dos fiestas terminaron por fusionarse a los ojos de los judíos, aunque técnicamente todos sabían que se trataba de dos fiestas distintas. El resultado fue que era común entre los judíos llamar a todo el período festivo de ocho días “Páscoa”, o igual de común llamarlo “Panec sin Levadura”. Eso no es muy difícil de entender; desafortunadamente, se vuelve más complejo. La razón de esta complejidad adicional es que los galileos parecen haber creado algunas tradiciones propias para este período festivo que diferían un poco de

cómo lo celebraban los judíos que vivían en Judea. En parte, esto se debía a que todos los judíos de Judea vivían muy cerca de la ciudad de Jerusalén, mientras que todos los demás judíos... incluidos los de Galilea... tenían que empacar y viajar dos o tres días, incluso una semana o más, para llegar al Templo de Jerusalén. Por lo tanto, las realidades de la distancia y el tiempo de viaje desempeñaron un papel importante en la forma en que evolucionaron las tradiciones de las fiestas judías.

Después de todo, cuando se crearon por primera vez las leyes de la Torá relativas a la observancia obligatoria de estas fiestas y se le entregaron a Moisés, habían transcurrido 1300 años desde que el Tabernáculo del desierto era el lugar de culto de los israelitas. Aún no habían completado su viaje a la Tierra Prometida, y mucho menos la habían conquistado. Durante esos 40 años en el desierto, todos los israelitas vivían acampados, tribu por tribu, en círculos alrededor del Tabernáculo, de modo que nadie tenía que hacer un viaje para llegar a él. Pero mucho tiempo después, cuando Josué conquistó Canaán, Israel se dividió en 12 regiones tribales, muy dispersas por toda la tierra; la distancia se convirtió entonces en una barrera que había que superar. Jerusalén era el lugar donde finalmente se construiría el Templo, por lo que casi todos los israelitas tenían que abandonar sus hogares y emprender un largo viaje para llegar allí y celebrar las fiestas; excepto, por supuesto, aquellos israelitas que vivían en Judá, el territorio tribal donde se encontraba Jerusalén.

Después de que Roma conquistara la Tierra Santa, y una vez que el tribalismo israelita y (junto con él) las fronteras tribales se habían extinguido hacía mucho tiempo, se establecieron en la antigua Tierra Santa los distritos administrativos romanos de Judea y Galilea (además de un par más), y con el tiempo las relaciones entre los residentes judíos de esos distritos se volvieron menos que armoniosas. Probablemente sea exagerado hablar de odio entre los residentes de un distrito hacia los de otro, pero cada uno se esforzó por establecer sus propias costumbres y tradiciones que se adaptaran a sus circunstancias. Y, al parecer, es casi seguro que esto fue lo que estuvo en juego al tratar de desentrañar este extraño suceso que llamamos La Última Cena. Es realmente gracias a la creciente influencia de los creyentes judíos de hoy en día y de sus académicos que estos asuntos relacionados con las siete fiestas bíblicas están siendo reexaminados y, en algunos casos, esto está llevando a que algunas de las historias del Nuevo Testamento tengan que ser redefinidas.

La cuestión es la siguiente: no hay forma de que la Última Cena haya sido el seder bíblico de la Pascua (comida de Pascua), porque la Pascua ya tendría que haber terminado para que eso ocurriera, y se sabe que Jesús fue crucificado el día de la Pascua. Si no lo crucificaron el día de la Pascua, sino al día siguiente, habría sido el primer día de Matzah, que es un sábado. Esto no tiene sentido porque más adelante leeremos que había una gran urgencia por bajar su cuerpo de la cruz para poder enterrarlo ANTES de que comenzara el sábado. El Dr. Baruch Korman y el rabino Joseph Shulam se encuentran entre quienes han propuesto posibles soluciones al problema y, a pesar de algunas diferencias técnicas, coinciden en que, si bien la Última Cena ocurrió durante la Pascua, fue en las primeras horas de la Pascua, es decir, por la noche (en algún momento entre las 7:00 p. m. y las 10:00 p. m.). Recuerda: un día hebreo COMIENZA al atardecer. Así pues, en las primeras horas de la Pascua, el 14 de Nisán (por la noche), hubo una reunión de Yeshua con sus 12 discípulos para algún tipo de comida ceremonial. La tarde siguiente (que en el calendario hebreo aún era el mismo día), lo matarían. Fuera lo que fuera la Última Cena, claramente era costumbre que Jesús y los que formaban parte de sus 12 discípulos la celebraran. Recuerda también: Jesús y sus 12 discípulos eran **todos** galileos y, por lo tanto, tenían sus propias tradiciones, distintas de las que se celebraban típicamente en Jerusalén y sus alrededores, en Judea.

En lugar de seguir tratando de describir la cena de esa noche, pasemos a lo que sucedió durante ella. Quiero comenzar leyendo la versión de Marcos. Abran sus Biblias en el capítulo 14 de Marcos.

LEAN MARCOS, CAPÍTULO 14:12–26

Fíjense cómo Marcos especificó la fecha de la Última Cena. Él, al igual que Mateo, dice que fue el primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura. Pero luego, a diferencia de Mateo, agrega que fue el día en que se sacrificaban los corderos. Desde un punto de vista técnico, esto no cuadra. Los corderos no se sacrifican el primer día de los Panes sin Levadura; se sacrifican el día anterior, el día de la Pascua. Por eso no debemos tratar de aplicar el sentido técnico de la Torá a estas palabras, sino más bien entenderlas desde el lenguaje coloquial de la época en la que se hablaba de estas fiestas. Para el judío común, la Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura se habían convertido en sinónimos, por lo que el primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura significaba el primer día del período festivo de ocho días que une el primer día de la Pascua con los siete días de la Fiesta de los Panes sin Levadura para formar un gran evento. Permítanme agregar también que comer pan sin

levadura NO era un requisito bíblico para el día de la Pascua. Por lo tanto, no habría sido un requisito para la Última Cena... aunque, según una tradición galilea que se había establecido, tal vez hubieran comenzado a comer solo pan sin levadura un par de días antes de lo que exigía la Torá (pero esto es solo una especulación mía y no hay evidencia escrita real que lo respalde). Esto no habría sido un pecado; podríamos elegir comer solo pan sin levadura todos los días del año, y esto está perfectamente en consonancia con los mandamientos de la Torá.

De las pocas diferencias entre las versiones de Marcos y Mateo sobre la Última Cena, tal vez la que más debemos destacar es que en Mateo, en el versículo 28, se dice que la sangre de Jesús (simbolizada por el vino) es para el perdón de los pecados. Marcos no hace mención alguna de esto. Mateo parece tener una mejor comprensión del poder expiatorio del sacrificio de Cristo, y es algo que él enfatiza y hacia lo cual ha ido preparando a lo largo de su Evangelio. Más allá de estas diferencias, hay un punto que voy a señalar desde el principio para que lo tengan en cuenta: las palabras elegidas por Cristo y la forma en que se desarrollan los acontecimientos durante la Última Cena tienen un vínculo directo con las palabras pronunciadas por Moisés en el Monte Sinaí al establecer el pacto con Dios. Menciono esto porque, en varias ocasiones durante nuestro extenso estudio de Mateo, les he instado a no pasar por alto esta caracterización subyacente de Yeshua como el segundo Redentor... el segundo Moisés (lo cual sin duda es, solo que aún más grande que Moisés).

La escena comienza con los discípulos preguntándole a Jesús dónde quiere que preparen el seder. Aunque encontramos esas palabras en la CJB, en realidad la pregunta que se formula es dónde preparar la Pascua. Por lo tanto, la suposición subyacente de la CJB es que esto se refiere a la cena de Pascua ordenada por la Torá, lo cual yo sostengo que no es así. Lo diré de nuevo, y probablemente lo repita más adelante, porque puede ser muy difícil de comprender. De hecho, la Última Cena fue una cena de Pascua, pero solo en el sentido de que ocurrió el 14 de Nisán (Pascua). Sin embargo... esto no es lo mismo que la cena bíblica de Pascua tal como la prescribe la Torá... la que los judíos llaman el seder de Pascua... y lo sé por dos razones: 1^o, los corderos pascuales aún no habían sido sacrificados (no se puede celebrar un seder de Pascua sin el cordero pascual), y 2^o, porque el verdadero seder de Pascua bíblico no se celebra durante la Pascua a pesar de su nombre; tiene lugar en las primeras horas del día siguiente (que comienza justo después del anochecer), el primer día de la Fiesta de los Panes sin

Levadura. Así es exactamente como ocurrió en el éxodo de Egipto. El seder de Pascua se prepara, en efecto, durante la Pascua, pero en realidad no se consume hasta que se pone el sol y el día cambia al 15 de Nisán, el inicio de la Fiesta de los Panes sin Levadura.

Por lo tanto, dado que Cristo está hablando con sus compatriotas galileos, y todos ellos piensan en términos de las tradiciones galileas, y dado que la conversación simplemente utiliza términos comunes de la época, la referencia de Yeshua a la Pascua simplemente significa la comida que los galileos consumen poco después del anochecer, en las primeras horas tras el cambio de día al 14 de Nisán, la Pascua. Esta es la Última Cena. Una de las suposiciones que a menudo se hacen en los sermones sobre este evento es que debemos notar que Jesús no celebró la Pascua con su familia biológica; más bien, eligió hacerlo con sus discípulos. Y que debemos entender de esto que se debe al reemplazo de su familia judía física por su nueva familia espiritual. Si bien este es un pensamiento interesante... y uno que los cristianos gentiles prefieren escuchar... podemos descartarlo por completo porque, aunque era tradición bíblica comer la cena de la Pascua con la familia, ya he demostrado que la Última Cena no fue la cena de la Pascua.

Yeshua les da instrucciones a los discípulos para que vayan desde Betania a la ciudad de Jerusalén, busquen a cierto hombre cuyo nombre no se menciona y le digan que el Rabí dice que su hora está cerca (la hora en que será arrestado y asesinado), y que van a celebrar la Pascua en su casa. Solo puede ser que esto fuera algo preacordado y, quien quiera que fuera este hombre, los discípulos lo conocían. Marcos lo expresa de manera un poco diferente al decir:

Marcos 14:13-14 ¹³ *Envío a dos de sus talmidim con estas instrucciones: «Vayan a la ciudad, y se encontrarán con un hombre que lleva una jarra de agua. Siganlo; ¹⁴ y en cualquier casa en la que entre, díganle que el Rabí dice: "¿Dónde está la habitación donde me recibirán, donde voy a comer la cena de Pesaj con mis talmidim?"*

Así pues, los discípulos deben encontrar a este hombre que lleva una jarra de agua y que está esperando para recibirlos. Los discípulos deben seguir a este hombre hasta la casa que él ha reservado para celebrar esta Última Cena. Y deben decirle que su Rabí (la mejor traducción para nosotros es Maestro) quiere saber dónde está la habitación para él, y también dónde está la sala donde van a comer la Pascua. Es decir, un lugar es para que Jesús duerma, y el otro es para que Jesús comparta

esta cena con sus 12. Lo que está sucediendo aquí era común en Jerusalén durante los ajetreados días de fiesta. Los miles de peregrinos necesitaban lugares donde alojarse, por lo que los residentes locales abrían sus hogares y alquilaban habitaciones, no tanto para ganar dinero como por un acto de hospitalidad. Se sabía que el lugar estaba en el segundo piso de un edificio; los edificios de dos y tres pisos eran comunes en la densamente poblada Jerusalén.

Quiero hacer una pausa aquí para abordar el tema del Cenáculo, que hoy en día se puede visitar en un recorrido turístico por Jerusalén. Puedo afirmar con seguridad que este no es el lugar donde tuvo lugar la Última Cena. Ubicado en el barrio griego moderno de Jerusalén, en el Monte Sión, el lugar al que se lleva al turista es una sala muy grande (en la que caben fácilmente 100 personas), pero en realidad fue construida durante la época de las Cruzadas. Lamento desilusionar a alguien.

En cualquier caso, los discípulos salieron de Betania, entraron a la ciudad, encontraron al hombre y la sala preparada para ellos, tal como Yeshua les había dicho que sucedería. Allí, los discípulos hicieron los preparativos para la comida y, cuando llegó la noche (es decir, cuando cambió el día), comieron recostados (una costumbre judía habitual para una comida festiva). En esencia, la Última Cena se convirtió en una comida de despedida. Hace unos minutos mencioné la relación de la Última Cena con la ceremonia del pacto en el Monte Sinaí con Moisés, así que me tomaré un momento para leerles un breve pasaje del Éxodo.

Éxodo 24:3-7 ³ *Moisés se acercó y le contó al pueblo todo lo que ADONAI había dicho, incluyendo todas las normas. El pueblo respondió al unísono: «Obedeceremos cada palabra que ADONAI ha dicho».* ⁴ *Moisés escribió todas las palabras de ADONAI. Se levantó temprano por la mañana, construyó un altar al pie de la montaña y erigió doce piedras grandes para representar a las doce tribus de Israel.* ⁵ *Envió a los jóvenes del pueblo de Israel a ofrecer holocaustos y sacrificios de paz de bueyes a ADONAI.* ⁶ *Moisés tomó la mitad de la sangre y la puso en cuencos; la otra mitad de la sangre la roció contra el altar.* ⁷ *Luego tomó el libro del pacto y lo leyó en voz alta, para que el pueblo pudiera oírlo; y ellos respondieron: «Todo lo que ADONAI ha dicho, lo haremos y lo obedeceremos».*

Hay algunas conexiones más, pero por el momento fíjense en el número 12. En la Última Cena, Yeshua incluye a 12 discípulos; en la ceremonia

del pacto en el Monte Sinaí, las 12 tribus de Israel están representadas por las 12 grandes piedras colocadas en posición vertical. Pronto llegaremos al uso de la sangre en la ceremonia. No tengo ninguna duda de que el hecho de que Yeshua eligiera a 12 hombres para ser sus discípulos tiene como propósito representar a las 12 tribus de Israel, y en otros pasajes del Nuevo Testamento se nos dice que estos 12 juzgarán a las 12 tribus... una relación de uno a uno.

A continuación, leemos que, durante la cena, Yeshua lanza una bomba sobre la reunión: uno de los que están sentados a la mesa lo traicionará. No se dan detalles al respecto, ni se especifica cuándo ocurrirá. Creo que es difícil exagerar cuán agitados los habrá dejado a todos esto. Le creen, incluso hasta el punto de que cada uno busca ser exonerado. La preocupación para ellos no es tanto que Yeshua vaya a ser traicionado y sufra las consecuencias, sino que uno de ellos sea quien cometa el acto. Desde el inicio de la reunión de los 12, siempre se han preocupado por sí mismos: quién será el más grande, quién ganará más. Podemos, en cierto modo, tomar distancia y sacudir la cabeza con disgusto ante ellos por pensar así, pero no eran ni más ni menos que humanos. En cierto sentido, debemos sentirnos consolados al saber que, si esos grandes hombres que fueron enseñados directamente por el Mesías podían debatirse entre el egoísmo y el servicio, entonces no deberíamos castigarnos demasiado cuando, inevitablemente, hacemos lo mismo. Esto no es una excusa ni significa que debemos sentirnos autorizados a ser egocéntricos. Más bien se trata de que, si bien nuestra meta como seguidores del Mesías es ser perfectos en la devoción a Yeshua y a los principios de la Torá, el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Es un proceso que requiere esfuerzo y, a pesar de nuestras mejores intenciones, fallaremos de vez en cuando. Los 12 discípulos son quizás uno de los mejores ejemplos bíblicos de este tipo de fracaso inherente a nuestra naturaleza caída, pero también una revelación de cómo todos, excepto uno, pronto se enderezarían y superarían esos fracasos.

Durante la confusión, cuando cada discípulo preguntaba nervioso si el Señor se refería a ellos, Él respondió con la frase igualmente enigmática: **«El que moja su matzah en el plato conmigo es el que me traicionará».**

Aunque la CJB se toma algunas libertades innecesarias con este versículo al decir «el que moja su matzah...», en el pasaje no hay ninguna referencia al pan ni a la matzah. Más bien dice «el que moja su mano en el plato...». La referencia a la **matzah** sigue partiendo de la

suposición errónea de que esta comida es el seder oficial de la Pascua bíblica. Este comentario de Yeshua sin duda no calmó en absoluto la ansiedad de los discípulos, ya que no hay un discípulo en particular que haya metido la mano en el plato... todos lo han hecho. Uno por uno, parecen preguntarle a Yeshua si serán ellos. Claramente, se trata de que Yeshua sabe algo que solo una persona con presciencia divina podría saber, y ese es el contexto de lo que plantean sus preguntas. Es decir, su pregunta es más bien «¿seré yo?» en lugar de «NO soy yo».

Yeshua los asusta un poco más al invocar nuevamente su título favorito para sí mismo... el Hijo del Hombre... y dice que «está escrito» que será traicionado y morirá. «Está escrito» significaba dos cosas diferentes para un judío. Primero, significaba una profecía bíblica escrita. Y segundo, significaba algo así como lo que diríamos hoy: «Está escrito en piedra». Es decir, está predestinado y no se puede cambiar. No hay ningún pasaje específico de las Escrituras que diga tal cosa, así que el punto es que ni la traición que se avecina ni sus consecuencias son una sorpresa. El mal no puede vencer a Yeshua sin que Él lo sepa de antemano y, por consiguiente, sin que Él elija permitir que suceda. Este es un caso clásico en el que Dios usa lo que se pretende como mal, para bien. Aunque este sea el caso, dice Cristo, ¡ay de aquel que traicione al Hijo del Hombre! Las consecuencias serán tan severas para él que deseará no haber nacido para sufrirlos. Sin duda, esto expresa el castigo eterno que resultará de ello. Finalmente, Judas toma la palabra y, fingiendo inocencia, pregunta si podría ser él (¿qué más podría hacer...? ¿No sería terriblemente sospechoso si fuera el único que no preguntara?). Yeshua lo deja en evidencia; le dice: «Las palabras son tuyas». Esta es una expresión judía que, en este caso, significa que acabas de condenarte a ti mismo.

Por extraño que parezca, el tema parece quedar archivado por el momento, con Yeshua identificando a Judas frente a los otros once. Igualmente, extraño es que, en el Evangelio de Marcos, se omita que Yeshua reveló a Judas como el traidor. De cualquier manera, el lector ya sabe quién es. Lo que sigue es lo que con el tiempo se transformó en el sacramento de la Comunión de la Iglesia. Hay mucho que discutir al respecto, pero se nos acabó el tiempo por hoy, así que continuaremos con eso la próxima vez.